

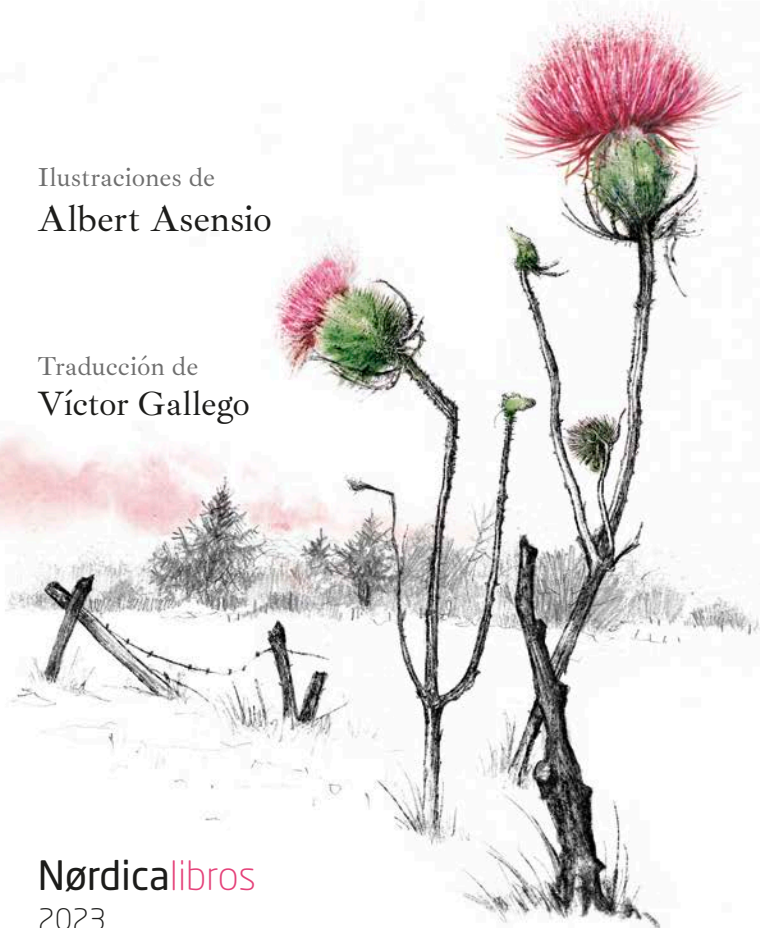
Lev Tolstói

JADZHI MURAT

Lev Tolstói
JADZHI MURAT

Ilustraciones de
Albert Asensio

Traducción de
Víctor Gallego



Nørdicalibros
2023

© De las ilustraciones: Albert Asensio

© De la traducción: Víctor Gallego

© De esta edición: Nórdica Libros S. L.

C/ Doctor Blanco Soler, 26 - C. P. 28044, Madrid

Tlf.: (+34) 917 055 057

info@nordicalibros.com

Primera edición: enero de 2023

ISBN: 978-84-19320-71-1

Depósito Legal: M-30290-2022

IBIC: FA

Thema: FBA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gracel Asociados

Alcobendas (Madrid)



Diseño de colección: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y
Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Un día volvía a casa a través de los campos. Estábamos a mediados del verano. Ya se había recogido el heno y acababa de empezar la siega del centeno.

En esa época del año hay una magnífica variedad de flores: fragantes y delicados tréboles rojos, blancos y rosados; insolentes margaritas con su centro de un amarillo brillante, sus pétalos blancos como la leche y su intenso olor a podrido; la colza amarilla con su perfume de miel; las altas campanillas lilas y blancas, con forma de tulipanes; la arveja trepadora; ordenadas escabiosas, amarillas, rojas, rosadas, lilas; el llantén con su pelusa levemente rosada y ese aroma tan agradable y sutil; acianos recién abiertos, de un azul intenso a la luz del sol, más pálidos y rojizos al atardecer y cuando se marchitan; delicadas flores de rascalino, que huelen a almendra y se ajan nada más florecer.

Hice un gran ramo de flores diversas y proseguí mi camino; de pronto reparé en una zanja en la que crecía un maravilloso cardo en flor, de esa variedad carmesí que en estos lugares recibe el nombre de «tártaro»; los campesinos lo evitan cuidadosamente cuando siegan y, si alguna vez, por descuido, cortan alguno, lo apartan del heno para no pincharse las manos. Se me ocurrió arrancar ese cardo y ponerlo en el centro de mi ramo. Salté a la zanja, aparté a un aterciopelado abejorro que, tras introducirse en lo más hondo de la flor, se había sumido en un dulce sopor, y traté de cortar el tallo, pero la tarea se reveló muy complicada: no es solo que la planta pinchara por todas partes, incluso a través del pañuelo con el que me había envuelto

la mano, sino que era tan resistente que tuve que luchar con ella casi cinco minutos, arrancando las fibras una a una. Cuando por fin conseguí mi propósito, el tallo estaba hecho jirones y la flor ya no parecía tan lozana y hermosa. Además, su rudeza y tosquedad no armonizaba con las delicadas florecillas de mi ramo. Lamenté haber destruido en vano una flor que lucía tan bella en la planta y la arrojé a un lado. «¡Qué energía y fuerza vital! —me dije, recordando lo mucho que me había costado arrancar el cardo—. ¡Con qué determinación se ha defendido y qué cara ha vendido su vida!».

El polvoriento camino que conducía a la casa atravesaba un campo de tierra negra recién arado. Ese campo pertenecía a un solo propietario y era tan extenso que a ambos lados del camino y delante de mí, hasta la cima de la colina, no se divisaba otra cosa que ese barbecho negruzco, arado en surcos regulares y aún sin gradar. El arado se había hecho a conciencia, de suerte que no se divisaba una sola planta, una sola brizna de hierba: todo estaba negro. «¡Qué criatura tan destructiva y cruel es el hombre! ¡Qué enorme variedad de plantas y seres vivos aniquila para conservar su propia existencia!»», pensaba, buscando involuntariamente algún rastro de vida en ese campo negro y muerto. Delante de mí, a la derecha del camino, se alzaba un arbusto. Cuando me acerqué, me di cuenta de que era un cardo tártaro idéntico al que había cortado en vano y abandonado en el suelo. Se componía de tres tallos. Uno estaba arrancado, y el trozo que quedaba despuntaba como un brazo amputado. Los otros dos tenían sendas flores, que antaño habían sido rojas, pero que ahora se habían vuelto negras. Uno de los tallos estaba tronchado, y colgaba con la sucia flor en el extremo; el otro, a pesar de que estaba manchado de tierra negra, se mantenía erguido. Era evidente que el arbusto había sido aplastado por una rueda, pero había conseguido volver a levantarse; esa era la razón de que, aunque erecto, se hubiera vencido de un lado. Era como si le hubieran arrancado una parte del cuerpo, le

hubiesen sacado las tripas, arrancado un brazo y sacado un ojo, pero él siguiese en pie, sin rendirse al hombre que había aniquilado a todos sus hermanos.

«¡Qué energía! —me dije—. El hombre ha destruido todo lo que había alrededor, ha acabado con millones de plantas, pero esta no se entrega».

Y me vino a la memoria una historia sucedida en el Cáucaso hace muchos años, que en parte contemplé en persona, en parte conocí por boca de testigos presenciales y en parte completé con el apoyo de mi propia fantasía. Esta es la historia, tal como se ha ido formando en mis recuerdos y en mi imaginación.



Estábamos a finales de 1851.

Una fría tarde de noviembre Jadzhi Murat entró a caballo en el *aul*¹ checheno de Majket, una aldea hostil envuelta en el oloroso humo del *kiziak*² quemado.

Acaba de cesar el canto agudo del mucín y en el aire puro de la montaña, impregnado del humo del *kiziak*, se oían con toda nitidez, entre los mugidos de las vacas y los balidos de las ovejas desperdigadas entre las *saklias*,³ pegadas unas a otras como alvéolos de un panal, las voces guturales de los hombres que discutían y las de las mujeres y los niños, que llegaban desde la fuente.

Ese Jadzhi Murat, un *naib*⁴ de Shamil⁵ conocido por sus hazañas, nunca se ponía en camino sin su enseña y una decena de *miurides*,⁶ que caracoleaban a su alrededor. No obstante, en esta ocasión, oculto por la capucha y envuelto en la *burka*,⁷ por debajo de la cual asomaba un fusil, iba acompañado por un solo *miurid*, procuraba llamar la atención lo menos posible y escudriñaba cautelosamente con sus vivaces ojos negros los rostros de las personas con las que se cruzaba.

Al llegar al centro del *aul*, Jadzhi Murat no prosiguió por la calle que llevaba a la plaza, sino que dobló a la izquierda y se internó en un estrecho callejón. Al llegar a la altura de la segunda *saklia*,

¹ Aldea de las comunidades del Cáucaso. (*Todas las notas de esta edición son del traductor*).

² Estiércol.

³ Típicas casas caucásicas, hechas de piedra y arcilla.

⁴ Lugarteniente o gobernador.

⁵ Cabecilla musulmán, conocido por su ferocidad, que condujo el movimiento de resistencia contra la expansión rusa en el Cáucaso durante un cuarto de siglo, atacando por sorpresa a las tropas y convoyes y desapareciendo después en las montañas.

⁶ Seguidores o partidarios.

⁷ Capote de fieltro sin mangas.

levantada en la ladera de la montaña, se detuvo y miró a su alrededor. No había nadie debajo del alero, pero en el tejado, detrás de la chimenea de arcilla recién enyesada, había un hombre cubierto con un *tulup*.⁸ Jadzhi Murat lo rozó con el mango de la fusta y chasquéó la lengua. Por debajo de la pelliza asomó un anciano con un gorro de dormir y un *beshmet*⁹ raído y grasiento. Sus ojos, sin pestañas, estaban enrojecidos y húmedos, y para mantenerlos abiertos tenía que parpadear. Jadzhi Murat pronunció el saludo habitual: *Seliam aleikum*, y descubrió el rostro.

—*Aleikum seliam* —respondió el anciano, reconociéndole, y sonrió con su boca desdentada; luego se levantó sobre sus delgadas piernas y se puso a buscar con los pies las babuchas de tacones de madera que estaban al lado de la chimenea. Una vez calzado, metió sin prisas los brazos en las mangas del *tulup*, ajado y sin forro, y bajó de espaldas por la escalera apoyada contra el tejado. Mientras se vestía y bajaba, el anciano movía la cabeza y el cuello fino, curtido y surcado de arrugas, sin dejar de mascullar con su boca desdentada. Una vez en tierra, cogió con gesto hospitalario las riendas y el estribo derecho del caballo de Jadzhi Murat. Pero el ágil y fornido *miurid* descabalgó veloz, apartó al anciano y ocupó su lugar.

Jadzhi Murat también descabalgó y, cojeando ligeramente, se dirigió hacia el alero. Le salió al encuentro un muchacho de unos quince años que, sorprendido, se quedó mirando a los recién llegados con sus brillantes ojos, negros como moras maduras.

—Corre a la mezquita y llama a tu padre —le ordenó el anciano y, adelantándose a Jadzhi Murat, le abrió la delgada y chirriante puerta que conducía al interior de la *saklia*. En el momento en que Jadzhi Murat se aprestaba a entrar, apareció en el umbral de una puerta interior una mujer enjuta, menuda, de mediana edad, con un *beshmet*

⁸ Pelliza de piel de cordero.

⁹ Especie de chaqueta que usaban las poblaciones caucásicas.

rojo sobre una blusa amarilla y unos pantalones azules, que llevaba unos cojines en la mano.

—Que tu llegada nos traiga felicidad —dijo y, después de hacer una profunda reverencia, se puso a colocar los cojines a lo largo de la pared del fondo para que se sentara el huésped.

—Que tus hijos vivan muchos años —respondió Jadzhi Murat, quitándose la *burka*, el fusil y el sable y entregándoselos al anciano.

Este colgó cuidadosamente en un clavo el fusil y el sable, junto a las armas del dueño, entre dos grandes jofainas que resplandecían sobre la pared lisa y enjalbegada con esmero.

Jadzhi Murat, ajustándose la pistola a la espalda, se acercó a los cojines dispuestos por la mujer y, arrebujándose en la *cherkeska*,¹⁰ se sentó. El anciano se puso en cuclillas enfrente de él, sobre los talones desnudos, cerró los ojos y levantó las manos con las palmas hacia arriba. Jadzhi Murat hizo lo mismo. Luego, una vez recitada la oración, ambos se pasaron las manos por la cara, juntándolas en el extremo de la barba.

—¿*Ne jabar?* (¿Qué novedades hay?) —preguntó Jadzhi Murat, dirigiéndose al anciano.

—*Jabar iok* (Ninguna) —respondió este, mirando con sus ojos enrojecidos y sin vida no el rostro de Jadzhi Murat, sino su pecho—. Vivo en las colmenas; solo he venido hoy para ver a mi hijo. Él está enterado de todo.

Jadzhi Murat, dándose cuenta de que el anciano no quería decirle lo que sabía y él necesitaba saber, inclinó levemente la cabeza y no formuló más preguntas.

—Las noticias no son buenas —dijo el anciano al cabo de un rato—. La única novedad es que las liebres siguen discutiendo cómo

¹⁰ Especie de guerrera circasiana.

expulsar a las águilas, mientras estas despedazan tan pronto a una como a otra. La semana pasada esos perros rusos, mal rayo los parta, quemaron el heno en la aldea de Michits —gruñó con rabia.

El *miurid* de Jadzhi Murat entró en la habitación y, con pasos largos y quedos, avanzó por el suelo de tierra; lo mismo que su jefe, se quitó la *burka*, el fusil y el sable, quedándose solo con el puñal y la pistola, y lo colgó todo en los mismos clavos.

—¿Quién es? —preguntó el anciano a Jadzhi Murat, señalando al hombre que acababa de entrar.

—Mi *miurid*. Se llama Eldar —dijo este.

—Bienvenido —respondió el anciano, señalándole a Eldar un lugar en la estera de fieltro, al lado de Jadzhi Murat.

Eldar se sentó, cruzó las piernas y se quedó mirando en silencio, con sus bellos ojos de cordero, el rostro del anciano, que estaba contando cómo la semana pasada sus muchachos habían capturado a dos soldados: a uno lo habían matado y al otro lo habían enviado a Vedonó, a presencia de Shamil. Jadzhi Murat no prestaba demasiada atención a sus palabras, miraba la puerta de tanto en tanto y escuchaba los rumores que llegaban del exterior. De pronto se oyeron unos pasos bajo el alero, delante de la *saklia*, la puerta chirrió y apareció Sado, el dueño de la casa, hombre de unos cuarenta años, con barbita, nariz larga y ojos tan negros, aunque no tan brillantes, como los de su hijo de quince años, que entró tras su padre y se sentó al lado de la puerta. Tras quitarse los zapatos de madera en la entrada y echarse el viejo y raído gorro sobre la nuca, que hacía mucho tiempo que no se rasuraba y se había cubierto de pelo negro, se puso en cuclillas enfrente de Jadzhi Murat.

Lo mismo que el anciano, cerró los ojos, levantó las manos con las palmas hacia arriba, recitó una oración, se pasó las manos por el rostro y solo entonces se puso a hablar. Dijo que Shamil había dado órdenes de capturar a Jadzhi Murat vivo o muerto, que solo la víspera se habían

marchado los emisarios de Shamil y que el pueblo tenía miedo de desobedecer a Shamil, razón por la que era preciso obrar con prudencia.

—Mientras yo viva —dijo Sado—, nadie le hará daño en mi casa a mi *kunak*.¹¹ Pero ¿qué sucederá en campo abierto? Tenemos que pensar bien lo que vamos a hacer.

Jadzhi Murat escuchaba atentamente y asentía con la cabeza. Cuando Sado acabó de hablar, dijo:

—Muy bien. Ahora hay que enviar a un hombre con una carta para los rusos. Irá mi *miurid*, pero necesita un guía.

—Mandaré a mi hermano Bata —dijo Sado—. Ve a llamar a Bata —añadió, dirigiéndose a su hijo.

El muchacho se puso en pie de un salto, como impulsado por un resorte, y salió a toda prisa de la *saklia*, moviendo los brazos. Regresó al cabo de unos diez minutos, acompañado de un checheno curtido por el sol, musculoso, de piernas cortas, vestido con una *cherkeska* amarilla y desastrada, con las mangas deshilachadas, y polainas negras bajadas hasta los tobillos. Jadzhi Murat saludó al recién llegado y acto seguido preguntó, sin perderse en palabras superfluas:

—¿Serías capaz de conducir a mi *miurid* hasta los rusos?

—Sí —se apresuró a responder Bata con voz alegre—. Puedes estar seguro. Ningún checheno es más indicado que yo. Cualquier otro te haría promesas de todo tipo, que luego no cumpliría. Pero yo puedo hacerlo.

—De acuerdo —dijo Jadzhi Murat—. Te daré tres rublos por el trabajo —dijo, mostrando tres dedos.

Bata movió la cabeza para manifestar que había entendido y añadió que no lo hacía por dinero, sino por el honor que suponía servir a Jadzhi Murat. Todos en las montañas lo conocían y sabían cómo mataba a esos cerdos rusos...

¹¹ Palabra turca que significa «amigo, compañero».

—Muy bien —respondió Jadzhi Murat—. Está bien que una cuerda sea larga, pero los discursos deben ser cortos.

—Entonces me callaré —dijo Bata.

—¿Conoces el lugar donde el Argun forma un recodo? Allí, enfrente de la colina, hay un claro en el bosque con dos almiarés. ¿Sabes dónde es?

—Sí.

—Allí me esperan tres de los míos —dijo Jadzhi Murat.

—Bien —dijo Bata, asintiendo con la cabeza.

—Pregunta por Jan Mahomá. Él sabe lo que hay que hacer y lo que hay que decir. ¿Crees que puedes llevarlo a presencia del comandante ruso, el príncipe Vorontsov?

—Sí.

—¿Y volver a traerlo?

—Sí.

—Una vez que lo hayas llevado, regresa al bosque. Yo te esperaré allí.

—Haré todo lo que dices —afirmó Bata; luego se levantó, y llevándose las manos al pecho, salió de la habitación.

—También hay que enviar un hombre a Gueji —dijo Jadzhi Murat al dueño de la casa, una vez que Bata se hubo marchado—. En Gueji se necesita... —empezó, cogiendo una de las cartucheras de la *cherkeska*, pero, al ver que entraban dos mujeres, bajó inmediatamente la mano y guardó silencio.

Una de ellas era la esposa de Sado, esa mujer delgada y de mediana edad que había colocado los cojines. La otra era una muchacha muy joven, con pantalones rojos, *besmet* verde y un collar de monedas de plata que le cubría todo el pecho. En el extremo de su coleta de áspero pelo negro, no demasiado larga, pero espesa, que se balanceaba entre los hombros, sobre la fina espalda, pendía un rublo de plata; los ojos, negros como moras maduras, igual que los

de su padre y su hermano, brillaban alegres en su joven rostro, al que trataba de conferir una expresión severa. No miraba a los huéspedes, pero era evidente que reparaba en su presencia.

La mujer de Sado trajo una mesita baja y redonda, con té, *pilguisi*,¹² tortas con mantequilla, queso, *churek* (es decir, pan cortado en rebanadas muy finas) y miel. La muchacha añadió una jofaina, un aguamanil y una toalla.

Sado y Jadzhi Murat guardaron silencio mientras las mujeres trajinaban en silencio, con sus babuchas rojas sin suela, disponiendo ante los huéspedes los alimentos que habían traído. También Eldar se mantuvo inmóvil como una estatua, los ojos de cordero fijos en sus piernas cruzadas, todo el tiempo que las mujeres se quedaron en la habitación. Solo cuando salieron y se apagó por completo el rumor de sus blandos pasos, suspiró aliviado; en cuanto a Jadzhi Murat, sacó de una de las cartucheras de la *cherkeska* una bala, debajo de la cual había un papel enrollado.

—Hay que entregárselo a mi hijo —dijo, mostrando el papel.

—¿Y a quién se debe comunicar la respuesta? —preguntó Sado.

—A ti, y tú te encargarás de transmitírmela.

—Así se hará —dijo Sado y guardó el papel en la cartuchera de su *cherkeska*. Luego cogió con las manos el aguamanil y acercó la jofaina a Jadzhi Murat, que se remangó el *besmet*, descubriendo sus brazos blancos y musculosos, y puso las manos bajo el chorro de agua fría y transparente que Sado vertía del aguamanil. Tras secarse en una toalla áspera y limpia, se acercó a la mesita. Lo mismo hizo Eldar. Mientras los huéspedes comían, Sado, sentado enfrente de ellos, les agradeció repetidas veces su visita. El muchacho, que seguía al lado de la puerta, sin apartar sus brillantes ojos negros de Jadzhi Murat, no dejaba de sonreír, como si de ese modo quisiera confirmar las palabras de su padre.

¹² Especie de raviolis.

Aunque hacía más de veinticuatro horas que no comía nada, Jadzhi Murat solo tomó un pedazo de pan con queso; luego, sacó un cuchillito que llevaba debajo del puñal, cogió un poco de miel y la extendió sobre el pan.

—Nuestra miel es buena. Ningún año ha sido mejor ni más abundante —dijo el anciano, visiblemente satisfecho de que Jadzhi Murat la hubiese probado.

—Gracias —dijo Jadzhi Murat, y se apartó de la mesita.

Eldar aún tenía hambre, pero, siguiendo el ejemplo de su *miushid*,¹³ se apartó de la mesita y le alargó el aguamanil y la jofaina.

Sado sabía que al acoger a Jadzhi Murat arriesgaba su propia vida, ya que, después de la disputa de este con Shamil, se había prohibido a todos los habitantes de Chechenia, bajo pena de muerte, que lo recibieran en sus casas. Sabía que los habitantes del *aul* podían enterarse en cualquier momento de la presencia de Jadzhi Murat y exigirle que se lo entregara. Pero esa posibilidad, lejos de preocuparle, le alegraba. Consideraba un deber defender a su huésped, a su *kunak*, aunque le costara la vida, y le llenaba de contento y orgullo comportarse como debía.

—Mientras estés en mi casa y yo tenga la cabeza sobre los hombros, nadie te hará daño —repetía.

Jadzhi Murat contempló con atención sus ojos brillantes y, comprendiendo que decía la verdad, exclamó con cierta solemnidad:

—Que el cielo te colme de felicidad y te conceda una larga vida.

Sado se llevó en silencio la mano al pecho, en señal de agradecimiento por sus bondadosas palabras.

Después de cerrar los postigos de la *saklia* y echar unos troncos en la estufa, Sado, en un estado de ánimo especialmente alegre y animado, salió de la habitación de los huéspedes y se retiró a la

¹³ Guía espiritual del *miurid*.

parte de la *saklia* donde vivía toda su familia. Las mujeres, que aún no dormían, hablaban de esos visitantes peligrosos que pernoctaban en su casa.

II

Esa misma noche, en Vozdvízhensk, el fuerte avanzado situado a quince verstas del *aul* en el que pasaba la noche Jadzhi Murat, tres oficiales y un suboficial salieron por la puerta Chajguiri. Los soldados llevaban pellizas cortas, gorros de piel, capotes enrollados a la espalda y grandes botas por encima de la rodilla, como era costumbre entonces entre los soldados del Cáucaso. Esos soldados, con fusiles al hombro, avanzaron primero por el camino; luego, al cabo de unos cincuenta pasos, doblaron a la derecha, dieron veinte pasos —las hojas secas crujían bajo las botas— y se detuvieron al pie de un plátano hendido, cuyo tronco negro se vislumbraba en la oscuridad. En ese lugar solía establecerse un puesto de vigilancia.

Las relucientes estrellas, que parecían desplazarse por las copas de los árboles mientras los soldados se internaban en el bosque, ahora se quedaron fijas, brillando con fuerza entre las ramas desnudas de los árboles.

—Menos mal que el tiempo es seco —dijo el suboficial Panov, quitándose con estrépito el largo fusil con la bayoneta calada y apoyándolo en el tronco del árbol.

Los tres soldados hicieron lo mismo.

—Seguro que la he perdido —rezongó Panov con enfado—. O la he olvidado o se me ha caído por el camino.

—¿Qué buscas? —preguntó uno de los soldados, con voz animosa y alegre.

—La cazoleta de la pipa. ¡El diablo sabrá dónde la he metido!

—¿Está entero el tubo? —preguntó el soldado de la voz animosa.

—Sí. Míralo.

—¿Por qué no pones el tabaco directamente en el suelo?

—Pero qué dices.

—Lo arreglaremos en seguida.

Estaba prohibido fumar durante la guardia, pero esa guardia apenas era digna de tal nombre; más bien era un puesto avanzado que tenía como objetivo evitar que los montañeses pudiesen acercarse a hurtadillas con un cañón y disparar contra el fuerte, como habían hecho en otras ocasiones. Por esa razón Panov no consideraba necesario privarse del placer de fumar y aceptó el ofrecimiento del soldado alegre, que sacó del bolsillo un cuchillito y se puso a remover la tierra. Una vez que excavó un pequeño agujero, lo alisó y ajustó el tubo de la pipa; luego llenó el agujero de tabaco y lo apretó: la pipa estaba lista. Una cerilla de azufre llameó, iluminando por un instante el rostro de pómulos salientes del soldado tumbado boca abajo. El tubo empezó a silbar y Panov percibió el agradable olor del tabaco quemado.

—¿Lo has conseguido? —preguntó, poniéndose en pie.

—Pues claro.

—¡Eres un muchacho listo, Avdéiev! ¡Y muy apañado! Déjame probar.

Avdéiev se echó a un lado, haciéndole sitio a Panov, al tiempo que expulsaba el humo por la boca.

Una vez que terminaron de fumar, los soldados entablaron conversación.

—Me han contado que el comandante ha vuelto a meter la mano en la caja. Por lo visto, ha perdido en el juego —dijo uno de ellos con voz indolente.

—Devolverá el dinero —intervino Panov.

—Seguro, es un buen oficial —afirmó Avdéiev.

—Sin duda —prosiguió con expresión sombría el soldado que había iniciado la conversación—. En mi opinión, la compañía tendría que hablar con él: si ha cogido dinero, que nos diga cuánto y cuándo piensa devolverlo.

—Eso debe decidirlo la compañía —dijo Panov, apartando la pipa de la boca.

—Desde luego. La comunidad es un hombre fuerte —afirmó Avdéiev.

—Hay que comprar avena y botas para la primavera, y para eso hace falta dinero, pero como se lo ha quedado él... —insistió el soldado descontento.

—Te digo que eso debe decidirlo la compañía —repitió Panov—. No es la primera vez que coge dinero y luego lo devuelve.

En aquellos tiempos las compañías destacadas en el Cáucaso se administraban de forma autónoma por medio de unos delegados elegidos. Recibían del Estado seis rublos y medio por cada hombre y debían arreglárselas con esa suma. Plantaban coles, recogían heno, tenían sus propios carros y presumían de sus caballos bien nutridos. El dinero de la compañía se guardaba en una caja cuya llave custodiaba el comandante, que a menudo cogía una cantidad en calidad de préstamo. Así había sucedido esta vez, y esa era la cuestión de la que estaban hablando. Nikitin, el soldado sombrío, quería que se le pidieran cuentas al comandante, mientras Panov y Avdéiev consideraban que no era necesario.

Cuando Panov acabó de fumar, Nikitin ocupó su lugar; luego extendió el capote sobre el suelo y se sentó, apoyando la espalda en el tronco del árbol. Los soldados guardaron silencio. Solo se oía el rumor de las copas de los árboles, agitadas por el viento. De pronto, en medio de ese suave e ininterrumpido susurro, resonó el aullido, el chillido, el llanto y las carcajadas de los chacales.

—Mira qué barullo arman los malditos —exclamó Avdéiev.

—Se ríen de ti porque tienes la jeta torcida —dijo con voz aguda y acento ucraniano el tercer soldado.

De nuevo se hizo el silencio, solo quebrado por el rumor de las ramas de los árboles, que tan pronto descubrían como ocultaban las estrellas.

—Entonces, Panov —preguntó de repente el alegre Avdéiev—, ¿te sientes triste alguna vez?

—¿Triste? ¿Por qué? —respondió este de mala gana.

—Yo a veces me siento tan triste que sería capaz de cualquier cosa.

—Pero ¿qué dices! —exclamó Panov.

—Cuando me gasté todo el dinero en bebida, era porque estaba triste. Me sentía morir y no podía más, así que decidí emborracharme.

—A veces se pone uno peor cuando bebe.

—Sí, lo sé por experiencia. Pero ¿qué puede hacerse?

—¿Y por qué estás tan triste?

—Porque echo de menos mi casa.

—¿Es que sois ricos?

—Ricos no, pero vivimos sin estrecheces. No nos falta de nada.

Y Avdéiev se puso a contar unas cosas que Panov ya había oído muchas veces.

—Me alisté como soldado en lugar de mi hermano, y lo hice por propia voluntad —refirió—. ¡Tiene hijos! Contándolo a él, son cinco en la casa, mientras yo acababa de casarme. Fue mi madre quien empezó a implorarme que diera ese paso. Lo pensé y llegué a la conclusión de que lo mismo me daba. Así, tal vez se acordarían de mi buena acción. Fui a ver a nuestro amo, un hombre muy bondadoso, y este me dijo: «¡Eres un buen muchacho! ¡Vete si quieres!». Y así es como me alisté en lugar de mi hermano.



—Pues sí, hiciste lo correcto —dijo Panov.

—No lo creerás, Panov, pero ahora me pesa. Y lo que más me entristece es haber venido en lugar de mi hermano. Seguro que está viviendo a cuerpo de rey, mientras yo estoy aquí pasando las mil y una. Cuanto más lo pienso, más rabia me da. En fin, se ve que no he nacido con suerte.

Avdéiev no dijo nada.

—¿Por qué no fumamos otro poco? —preguntó al cabo de un rato.

—¡Pues prepara la pipa!

Pero no tuvieron ocasión de poner en práctica sus propósitos, porque, en cuanto Avdéiev se levantó para colocar la pipa en su sitio, oyeron, a través del susurro de las ramas, un rumor de pasos en la carretera. Panov cogió el fusil y empujó con el pie a Nikitin, que se incorporó y recogió el capote. El tercer soldado, que se llamaba Bondarenko, también se levantó.

—Menudo sueño he tenido, amigos...

Avdéiev le hizo una señal para que se callara, y todos aguzaron el oído y contuvieron la respiración. Eran unos pasos suaves, cada vez más cercanos, de alguien que no calzaba botas. El crujido de las hojas caídas y de las ramas secas se percibía con creciente nitidez en medio de la penumbra. Luego se oyeron esos tonos peculiares y guturales de la lengua chechena. En ese momento los soldados, además de escuchar los pasos, distinguieron dos sombras que pasaban entre los árboles, una más alta que otra. Cuando las sombras llegaron a la altura de los soldados, Panov, con el fusil en la mano, salió a la carretera, seguido de sus compañeros.

—¿Quién va? —gritó.

—Un checheno pacífico —dijo el más bajo. Era Bata—. No rifle, no sable —decía, señalándose a sí mismo—. Queremos ver príncipe.

El más alto permanecía en silencio al lado de su compañero. Tampoco él llevaba armas.

—Es un emisario y quiere hablar con el coronel —explicó Panov a los soldados.

—Ver sin falta príncipe Vorontsov. Asunto importante —dijo Bata.

—Vale, vale, os llevaremos —dijo Panov—. Bueno, conducidlos Bondarenko y tú —añadió, dirigiéndose a Avdéiev—. Y en cuanto se los entreguéis al oficial de guardia, volved aquí. Aseguraos de que vayan delante. Ya sabéis lo astutos y bribones que son.

—¿Y para qué vale esto? —preguntó Avdéiev, haciendo un gesto como si atravesara a alguien con la bayoneta—. Una sola cuchillada y lo dejo en el sitio.

—¿Y de qué va a valernos si lo matas? —señaló Bondarenko—. ¡Vamos, en marcha!

Cuando los pasos de los soldados y de los emisarios dejaron de oírse, Panov y Nikitin regresaron a su puesto.

—¿Qué diablos los habrá traído aquí de noche? —exclamó Nikitin.

—Algo necesitarán —dijo Panov—. Empieza a hacer frío —añadió, al tiempo que desenrollaba el capote, se lo ponía y se sentaba al pie del árbol.

Al cabo de un par de horas regresaron Avdéiev y Bondarenko.

—¿Qué, los habéis entregado? —preguntó Panov.

—Sí. El coronel todavía no se había acostado, así que los hemos llevado directamente a su presencia. No puedes figurarte, amigo, qué buenos tipos eran esos cabezas peladas —prosiguió Avdéiev—. Pues sí, he charlado un buen rato con ellos.

—Ya sabemos lo que te gusta darle a la lengua —exclamó Nikitin con desaprobación.

—Son igualitos que los rusos, de verdad. Uno está casado. «¿Esposa *bar*¹⁴?», le pregunto. «*Bar*», responde él. «¿*Baranchuk*¹⁵ *bar*?»,

¹⁴ Tener.

¹⁵ Hijos.

le digo. «Bar», me contesta. «¿Muchos?». «Un par», me dice. ¡Hemos tenido una conversación muy agradable! ¡Son unos muchachos muy buenos!

—Sí, buenísimos —dijo Nikitin—. Basta que te quedes a solas con uno de ellos para que te rebane el pescuezo.

—Ya debe de quedar poco para el amanecer —dijo Panov.

—Sí, ya casi no se distinguen las estrellas —afirmó Avdéiev, sentándose.

Y los soldados volvieron a guardar silencio.

III

Hacía ya un buen rato que las ventanas de los cuarteles y de las casas de los soldados estaban oscuras, pero en uno de los mejores alojamientos de la fortaleza brillaban todas las luces. Lo ocupaba el príncipe Semión Mijáilovich Vorontsov, comandante del regimiento de Kurinsk, ayudante de campo del emperador e hijo del comandante en jefe. Vorontsov vivía con su mujer, Maria Vasílievna, célebre belleza petersburguesa, rodeado de un lujo que nadie había visto nunca en esa pequeña fortaleza caucasiana. Vorontsov y, sobre todo, su mujer tenían la impresión de que llevaban una vida no solo modesta, sino llena de privaciones. Los habitantes del lugar, por el contrario, se sorprendían de su inusitada fastuosidad.

En ese preciso instante —eran las doce de la noche—, en el espacioso salón, con una alfombra que cubría toda la habitación y las pesadas cortinas echadas, los anfitriones y sus invitados jugaban a las cartas, sentados a una mesa de juego iluminada por cuatro velas. Vorontsov, hombre rubio, de cara alargada, con las enseñas y cordones de ayudante de campo, tenía por pareja a un joven desgredado de aspecto sombrío, licenciado por la Universidad de San Petersburgo, al que